

Sobre este principio has de hacer siempre distincion entre la persona y entre sus imperfecciones; respeta á aquella, pero trata con desprecio á estas. *Es preciso que haya escándalos; pero desventurado de aquel por quien el escándalo viene* (1). Está siempre alerta contra los artificios del enemigo, y contra las engañosas sollicitaciones del amor propio: mira como una tentacion muda, pero muy peligrosa, la relajacion de las personas que te parecian observantes y ajustadas. Aun es muy conveniente prevenir de esto con tiempo á la gente moza: los remedios preservativos son muy importantes, y así se les debe precautelar contra estos lazos que están tendidos y armados por todas partes. Las almas tiernas, y por decirlo así, nuevecitas, que entran en el mundo con las mas bellas disposiciones para la virtud, dificilmente se defienden del contagio en vista de los malos ejemplos; y los que se crian en religion, presto dan al través si defieren demasiado á la relajacion de aquellos, cuyo mérito, edad y empleos los hacen hombres de distincion. *In lege quid scriptum est? quomodo legis?* ¿Qué dice la ley? Esta debe ser la regla inmutable de nuestras operaciones; los ejemplos de los santos, las máximas de Jesucristo, su sagrado Evangelio. Atente á lo que está escrito.

DIA DIEZ.

SAN ANTONINO, OBISPO.

San Antonino, á quien en el bautismo se puso el nombre de Antonio, y despues por la pequenez de su cuerpo le llamaron *Antonino*, fué hijo de Nicolás Pierozzi, notario de la ciudad de Florencia, y de

(1) Matth. 18.

Tomasia, ambos de familia honrada, y uno y otro recomendable por su conocida bondad. Nació en el año de 1389; y como era hijo único, y sus padres eran tan virtuosos, se dedicaron con el mayor desvelo á darle una cristiana educacion. Costóles poco trabajo, porque Antonino habia nacido con tan bellas inclinaciones, que la devocion parecia en él como natural. Llamaban comunmente en Florencia al niño Antonino *el santico*; no hallándosele en casa, era sabido que se le encontraria en la iglesia, y siempre de rodillas delante de una imágen de la santísima Virgen. En su porte nunca se notó accion, ni movimiento pueril; siempre dulce, siempre afable, dócil y modesto, nada habia que reprender en sus procedimientos. Tuvo toda su vida tanto horror al pecado, que se tiene por cierto conservó hasta la muerte la inocencia bautismal; debiendo particularmente, como lo confesaba él mismo, á la tierna devocion que profesaba á la santísima Virgen, la inviolable integridad de su pureza.

Dedicáronle con tiempo al estudio, en el cual hizo maravillosos progresos. Era de ingenio vivo y penetrante, de memoria feliz y de una asombrosa aplicacion al trabajo, con lo que adelantó mucho en una edad en que otros apenas saben los primeros rudimentos; pero el amor que tenia al estudio de las letras, no podia competir con el que profesaba al de la importante ciencia de la eterna salvacion.

Ya hacia tiempo que para satisfacer los deseos que tenia desde sus mas tiernos años de consagrarse á Dios enteramente, habia puesto los ojos en algun claustro religioso. Pero entre todos era el objeto de sus ansias el de los padres predicadores, donde reinaba la sabiduria, el zelo de la fe y una ejemplar observancia. Acudió al famoso padre fray Juan Domínici, que despues fué cardenal, arzobispo de Ragusa

y legado de la santa sede en el reino de Ungría, y le pidió el santo hábito. Examinóle este célebre predicador, y quedó hechizado de la viveza de su ingenio, del candor y de la inocencia de sus costumbres, y de los ardientes deseos con que suspiraba por ser admitido en la religion de santo Domingo; pero viéndole tan pequeño y tan niño, le aconsejó que esperase todavía algunos años; y para librarse de sus instancias con alguna salida plausible, habiendo entendido en el discurso de la conversacion que gustaba mucho de leer el decreto de Graciano, añadió sonriéndose: *Mira, estudia todo el derecho canónico, y en sabiéndolo de memoria, yo te doy palabra de que serás recibido.* Era muy dura la condicion, y el padre Dominici solo intentaba por aquel medio despedir con honor al pretendiente, quitándole toda esperanza de ser admitido; pero quedó sorprendido y asombrado cuando dentro de pocos días volvió Antonino á reconvenirle con su palabra, diciendo que estaba pronto á dar razon de todo el derecho canónico. Con aquella extraordinaria prueba de su casi milagrosa memoria y habilidad, le recibieron luego los padres, sin reparar en la debilidad de su complexion, ni en sus pocos años; y en breve tiempo conocieron lo mucho que valia el que habian admitido.

El fervor del novicio sirvió de religiosa emulacion á los mas ancianos. Temiase que no tendria fuerzas para resistir al rigor de la observancia; pero dióselas su aliento, y en todas ocasiones se mostró el mas humilde, el mas obediente, el mas mortificado y el mas exacto de toda la comunidad. Desde luego le miraron los frailes como el mas cabal modelo de la perfeccion religiosa, en vista de sus abstinencias, de sus vigiliass, de su desasimiento de todas las cosas, de su aplicacion al estudio, de su continua oracion que era toda su ocupacion y sus delicias, de su devozion tierna y

fervorosa, y de su exactitud en el cumplimiento de todas las obligaciones de su estado.

Creció el fervor con la dignidad del sacerdocio. Siempre que celebraba el divino sacrificio le veian bañado en dulces lágrimas, que incesantemente hacia derramar de sus ojos el fuego del amor de Dios, que le consumia y abrasaba. En vano intentaron moderar el rigor de sus penitencias; su vida fué un continuo ejercicio de ellas; sano y enfermo dormia siempre en la dura tierra; y aunque se vió elevado á los mayores empleos de la religion, casi siempre hizo á pié todos sus viajes.

No obstante de ser todavía muy mozo, como la virtud suplía la falta de los años, le hicieron prior del convento de Roma, el que gobernó con tanta prudencia, con tanta suavidad y con tanto acierto, que le encargaron sucesivamente el gobierno de los conventos de Nápoles, Gaeta, Cortona, Sena, Florencia, Pistoya, Siésoli y de otras muchas ciudades de Italia: renovó en todos ellos el primitivo espíritu de la regla, mas con sus ejemplos, que con sus palabras.

Hiciéronle vicario general de la provincia de Toscana, y despues de la de Nápoles; sin que por eso disminuyese el rigor de sus ordinarias penitencias. Humillándose mas, cuanto mas le elevaban, daba siempre principio á la visita de los conventos ejerciendo los oficios mas bajos de la casa; se veia tan confundido el vicario general con los menores frailes, que solo el mayor fervor le distinguia de ellos.

Hallábase Antonino en la visita de la provincia de Nápoles cuando vacó la silla episcopal de Florencia. Por mucho tiempo se llevó la atencion del papa Eugenio el cuidado y la eleccion de un sugeto digno que ocupase aquella silla; resuelto á no dar oidos á empeños, pretensiones y parcialidades, pensaba úni-

camente en dar á Florencia un prelado santo; mas apenas le hablaron del vicario general de los Predicadores, cuando sin detenerse un punto en deliberar, le nombró por arzobispo de Florencia. Recibió el santo la noticia volviendo de la visita, y hallándose ya en uno de los conventos de su provincia; sobresaltóse tanto con ella, que, dejando de repente el camino de Nápoles, sin darse por entendido, se encaminó á las costas de Toscana, con resolucion de embarcarse para la isla de Cerdeña, y pasar en ella desconocido el resto de sus dias; pero estaban ya tomados los puertos, y le condujeron á Sena. No hubo medio de que no se valiese para librarse de aquella dignidad; pero el papa no hizo caso de sus razones, y se mantuvo inexorable á sus ruegos; envióle las bulas, mandándole que cuanto antes se hiciese consagrar. Rindióse á la obediencia, haciéndola el mas doloroso sacrificio, siendo las lágrimas que derramó durante la ceremonia de su consagracion el mayor testimonio de su dolor, y de que no hallaba otro consuelo que el de la resignacion.

Arregló su familia de manera que, sin deslucimiento de la dignidad episcopal, todo olia á religion y á modestia. Parecióle que los pobres serían su mejor tren y equipaje, persuadido que eran de ellos las rentas de la mitra, y que el mayor esplendor de esta consistia en dar muchas limosnas. Mandó á sus criados que jamás despidiesen á pobre alguno sin darle algo; y despues de haber consumido en limosnas todo el dinero, se le vió echar mano de los muebles, y reducirse á sí mismo á una extrema pobreza para socorrer á los pobres. Fundó el colegio de san Martin, en que estableció doce administradores de las rentas destinadas para socorrer á familias vergonzantes, que reducidas á miseria tienen empacho de pedir; y ha echado Dios su bendicion á esta obra pia de manera, que hoy

se mantienen con ella mas de seiscientas familias, proveyendo á todas sus necesidades.

Correspondia el zelo á la caridad. Todos los años visitaba el arzobispado, haciendo tanto fruto con su modestia, apacibilidad y ejemplo, como con sus exhortaciones. Desterráronse de todas partes los abusos, reconciliáronse las enemistades, extermináronse los desórdenes, y se reformaron las costumbres. Nada se ocultaba á su vigilancia, ni burlaba su solicitud. Habianse introducido en Florencia los juegos que llaman de azar, con grande ruina de las familias; emprendió el santo arzobispo desterrarlos, y lo consiguió.

Cierto hereje disfrazado, que tenia fama de insigne médico, y lograba con este titulo mucha introduccion en las casas particulares, se aprovechaba de ella para sembrar disimuladamente sus errores, vomitando con especialidad horribles blasfemias contra la santísima Virgen. Llególo á entender san Antonino, y al punto hizo ver que el verdadero zelo, aunque siempre dulce y afable, sabe obrar con teson y con fortaleza cuando se atraviesan intereses de la religion. Por mas protectores que tuvo el hereje, el santo arzobispo se mantuvo inflexible; y no habiendo querido convertirse aquel infeliz, fué condenado á la hoguera.

Como el espíritu de Dios era el primer móvil de todas sus operaciones, san Antonino no se desmintió jamás en su conducta: dormia muy poco, y aunque velaba hasta muy entrada la noche, todos los dias se anticipaba á los canónigos en la asistencia á los maitines. Cuando volvía de ellos daba al estudio el tiempo que otros concedian al descanso: despues de la misa, que celebraba cada dia con devocion tierna y sensible, se dedicaba enteramente á los negocios del arzobispado hasta la entrada de la noche, sin

cesar de dar audiencia á cuantos se le presentaban, mas que para ir á visitar á los pobres en los hospitales, ó para administrar los sacramentos á los enfermos.

A todas horas se le encontraba visible, afable y accesible á todo el mundo, siendo todo para todos para ganarlos á todos. Igualmente daba audiencia al pobre y al rústico, que al rico y al poderoso, sin acepcion de personas; hallándose siempre en él un director, un pastor y un padre, sin que accidente alguno fuese capaz de alterar su dulzura y su tranquilidad.

Habiendo arrestado á un ministro del papa el consejo supremo de Florencia, y nó habiendo podido lograr el arzobispo que le pusiesen en libertad, mandó cesar el oficio divino en la catedral á la vista de los magistrados, y puso entredicho á la iglesia. Por mas que le maltrataron, se mantuvo inflexible; y como le amenazasen que le echarian de la ciudad, mostrando el santo la llave de la celda que ocupaba en el convento de Cortona, y traia siempre colgada de la cintura, respondió: *Si me obligaren á salir de Florencia, siempre tendré donde retirarme.*

Sus grandes negocios y ocupaciones nunca le apartaron del recogimiento interior, ni del espíritu de oracion, y en medio de ellas estaba como pudiera en el mas sosegado retiro. Además del oficio divino, el de la Virgen, y los salmos penitenciales, que rezaba todos los dias, rezaba el oficio de difuntos dos veces á la semana, y los dias de fiesta todo el salterio entero. En medio de tantas tareas halló tiempo para enriquecer la Iglesia con excelentes obras, como son *la Suma doctrinal, ó teológica; la Suma histórica; la Suma de la confesion; un tratado de la excomunion; el discurso sobre los discipulos cuando iban al castillo de Emaús, y un tratado de las virtudes*, descubriéndose en todas estas obras las mayores pruebas de la pureza

de su fe, de la santidad de su doctrina, de su gran virtud, erudicion y sabiduria.

Estaba tan extendido por toda Italia el concepto de su elevada santidad, que acudian los pueblos á los caminos por donde se sabia que habia de pasar para recibir su bendicion. El papa Nicolao V dijo públicamente, *que tenia por tan digno de ser colocado en los altares al arzobispo de Florencia estando vivo, como á Bernardino de Sena, á quien él mismo acababa de canonizar, despues de muerto.* Nombráronle los Florentinos para que llevase la voz en una solemne embajada que enviaron á los papas Calixto III y Pio II, reparando todos, que cuanto mas le colmaban de honores, mas humilde se hacia. Suplicáronle que se encargase tambien de la embajada al emperador Federico; pero no le pudieron reducir, porque jamás se resolvió á salir de su arzobispado no siendo por los intereses de la Iglesia.

Habiendo llegado á noticia del papa Pio II el gran fruto que habia hecho en Florencia con su zelo suave, pero siempre ferviente y eficaz, cortando de raiz los escándalos públicos, desterrando los juegos de azar y otros desórdenes inveterados, quiso hacerle de la junta que habia formado para reformar los abusos de Roma; pero antes llamó Dios á su fiel siervo para premiarle eternamente. Murió con la muerte de los santos el dia 2 de mayo del año 1459, á los sesenta de su edad, y á los tres de su arzobispado. Hallábase á la sazón en Florencia el papa Pio II, y no solo quiso honrar con su asistencia el entierro del santo, sino que concedió siete años de indulgencia á los que concurriesen á honrar tambien su cuerpo en la sepultura. Sesenta y cuatro años despues le canonizó solememente el papa Clemente VII, fijando su fiesta Inocencio XI al dia 10 de mayo. Venérase el santo cuerpo con gran concurso de los fieles en la iglesia de los

padres dominicos de Florencia, y se conservan algunas reliquias suyas en la del colegio de la Compañía de Múnster.

SAN EPIFANIO, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA.

Nació san Epifanio en Palestina, en el territorio de Eleuterópolis, por los años del Señor de 310. Se cree que sus padres eran cristianos, y que así le educaron desde niño en los principios de nuestra religion. Aficionado desde jóven al estudio de las santas Escrituras, adquirió un profundo conocimiento de ellas; y para penetrar mejor su sentido, aprendió la lengua hebrea, la egipcia, la siríaca, la griega y la latina.

Llevado de su amor á la piedad, iba á hacer frecuentes visitas á los solitarios, para recibir en sus conversaciones instrucciones saludables; y el ejemplo de sus virtudes le movió tan vivamente, que se resolvió, siendo todavía muy jóven, á abrazar la vida monástica. Puso en práctica esta resolucion en Palestina; pero poco tiempo despues pasó á Egipto con objeto de vivir en los desiertos de aquel pais.

Habiendo vuelto á Palestina por los años de 333, edificó un monasterio cerca del lugar de su nacimiento. La vida que hacia nuestro santo, era austérrima. Algunas personas le echaron en cara que llevaba demasiado lejos los rigores de la penitencia; pero el santo respondió: *Dios no nos dará el reino de los cieles, sino con condicion que trabajemos por nuestra parte; y ¿qué proporcion guarda lo que podemos hacer nosotros, con la corona de gloria eterna que nos espera?* A las maceraciones corporales juntaba los ejercicios de piedad, la perseverancia en la oracion, y una aplicacion infatigable al estudio. No contento con

leer todos los buenos libros que se publicaban entonces, viajó por diferentes provincias, habiendo considerado esto como medio muy á propósito para adquirir mayor variedad de conocimientos.

El Señor habia permitido entonces que el grande san Hilarion, despues de haber estado escondido veinte y dos años en el desierto, fuese manifestado al mundo. La fama de sus virtudes y de sus milagros le atraía gran número de discipulos. San Epifanio, aunque muy versado en los caminos de la perfeccion, le escogió por su maestro, y se dirigió por sus consejos desde el año 333 hasta el año 356. La amistad de estos dos santos fué siempre muy estrecha, sin que la distancia de los lugares pudiese disolver su vínculo ni entibiar su fervor. Parece ser cierto que san Hilarion fué el que mas adelante determinó á la iglesia de Salamina á pedir á san Epifanio por obispo; y cuando la muerte arrebató al primero, consagró el segundo su pluma á dar á conocer sus virtudes.

Durante la cruel persecucion que excitaron los arrianos contra los católicos, bajo el imperio de Constancio, san Epifanio abandonó muchas veces su retiro para volar al socorro de los que combatian por la fe católica. Separóse de la comunión de Eutiquio, obispo de Eleuterópolis, que por miras de política habia entrado en el partido de estos herejes. Tambien mostró mucho zelo en precaver á los católicos contra los errores que habia descubierto en los escritos de Orígenes.

Retirado en su monasterio, era nuestro santo el oráculo de la Palestina; de todas partes concurrían á verle, á consultarle, y ninguno se apartaba de su lado sin haber recibido los mas acertados consejos. Su reputacion se extendió bien pronto á las provincias mas lejanas, y con noticia de sus virtudes la

ciudad de Salamina, en la isla de Chiprè, le eligió por su obispo hacia el año 367. Esta dignidad no produjo ningun cambio en su método de vida; vistió siempre el hábito de monje, y aun siguió gobernando á sus religiosos, á quienes iba á visitar de cuando en cuando. Mas no era tal el apego que tenia á sus observancias, que no supiese dispensarse de ellas por miras de caridad; así era menos rígida su abstinencia cuando se trataba de obsequiar á los huéspedes que recibia en su casa.

Su caridad con los pobres carecia de limites; socorrialos con abundantes limosnas, haciéndole dispensador de las suyas muchas personas piadosas, de cuyo número fué santa Olimpiades, que le hizo donativos muy considerables en dinero y en fincas.

La santidad de Epifanio era tan universalmente reconocida, que todos le veneraban, y aun los mismos herejes no podian menos de respetarle. Así es que en la persecucion excitada por los arrianos, protegidos por el emperador Valente, en el año 371, nuestro santo fué casi el único obispo ortodoxo á quien perdonó la herejia en aquella parte del imperio.

Cinco años despues, emprendió un viaje á Antioquia, con objeto de procurar la conversion del obispo Vidada, que habia caido en el apolinarismo; pero desgraciadamente fueron infructuosos los esfuerzos de su zelo. En el año 382 acompañó á Roma á Paulino, obispo de Antioquia, y ambos se hospedaron en casa de santa Paula. En la primavera siguiente volvió nuestro santo á Salamina; y en el año 385 tuvo el consuelo de recibir y tener diez dias en su compañía á la misma santa Paula, de camino para Palestina.

Estando en Jerusalem el año de 394, predicó contra el origenismo, en presencia del patriarca Juan

en quien sospechaba cierta inclinacion á esta herejia: su discurso fué muy mal recibido por el patriarca y sus partidarios; visto lo cual, nuestro santo se retiró á Belen, y persuadió á san Jerónimo á separarse de la comunión de Juan hasta que diese pruebas públicas de su catolicismo. Al mismo tiempo ordenó de sacerdote á Pauliniano, hermano de san Jerónimo; la cual fué origen de nuevas diferencias con el patriarca de Jerusalem, quejándose este públicamente de un acto que calificaba de atentado contra sus derechos. San Epifanio trató de justificarse en una carta que le escribió al efecto. « Yo he podido, le decia, ordenar á un monje que en clase de extranjero no se reputa pertenecer á vuestra provincia. El temor de Dios es el que me ha hecho obrar de esta manera, no habiéndome propuesto otro fin que la utilidad de la Iglesia. No hay diversidad de sacerdocio, cuando se atraviesa la caridad de Jesucristo. Así es que yo no he desaprobado semejantes ordenaciones hechas en mi provincia. ¿Porqué, pues, os dejais acalorar tanto contra una accion cuyos motivos han sido tan puros (1)? »

San Epifanio hizo un viaje á Constantinopla en el año 401. Prevenido allí por los clamores de Teófilo contra los solitarios llamados los *Grandes Hermanos*, formó un juicio desfavorable de ellos, y los trató de origenistas. Los grandes hermanos fueron á visi-

(1) De la conducta que observó san Epifanio en esta ocasion, y mas adelante en Constantinopla, se colige que entonces no se tenían ideas tan exactas como hoy dia acerca de la jurisdiccion de los obispos fuera de sus diócesis; y es que la Iglesia no se abia explicado aun sobre este punto de disciplina de una manera tan explícita como lo ha hecho despues. De otro modo no se hubiera permitido san Epifanio conferir órdenes en diócesis ajena, ni habria predicado en Constantinopla sin haber obtenido de antemano la licencia del arzobispo. Pero el santo creia poder hacer en la diócesis de otros obispos, lo que no tomaba á mal que estos hiciesen en la suya.

tarle, con objeto de explicarle sus verdaderos sentimientos. « Padre, le dijeron, nosotros deseamos saber si habeis visto nuestros discipulos, ó leidi nuestros escritos. — No, les respondió el santo. — » Pues ¿ cómo, replicó Armonio, uno de los solitarios, nos habeis juzgado herejes sin tener pruebas de nuestros sentimientos? No hemos hecho así nosotros; porque muchas veces hemos encontrado vuestros discipulos y leído vuestros escritos, entre otros el *Ancorato*; y como muchos quisiesen criticarlo y acusaros de herejía, hemos tomado vuestra defensa. » Esta reflexion tan justa desarmó á san Epifanio, y fué bastante para que formase mejor concepto de ellos. Si el santo, dice el historiador Sócrates, cayó en esta y otras semejantes equivocaciones, debe atribuirse al ardor de su zelo y á la sencillez de su corazon; teniendo tanto en el alma la pureza de la fe católica, que la sombra sola de herejía le causaba el mas vivo sobresalto. Por lo que hace á los grandes hermanos, llamados así por su grande estatura, eran cuatro, y se nombraban Dióscoro, Armonio, Eusebio y Eutimio. Habian abrazado la vida solitaria en la montaña de Nitria, juntamente con sus hermanas que vivian en un hospicio separado. Hiciéronse célebres por la austeridad de su penitencia, por el fervor y perseverancia en la oracion, y tuvieron el honor de sufrir por la consubstantialidad del Verbo.

No tardó san Epifanio en recibir el premio debido á la pureza de su fe y al ardor de su zelo. Habíase embarcado en Constantinopla para volver á su diócesis; pero no pudo llegar á Salima, y murió en el camino en el año 403, á los noventa y tres de su edad y treinta y seis de obispado. Sus discipulos edificaron en Chipre una iglesia bajo su advocacion, donde colocaron su imágen con las de otros muchos santos,

y el Señor honró su sepulcro con gran número de milagros. San Agustin, san Efren, san Juan Damasceno, Focio y otros han hecho de nuestro santo magníficos elogios, dándole entre otros titulos los de *doctor católico, varon admirable, varon lleno del espíritu de Dios.*

Las obras de san Epifanio de que tenemos noticia, son: 1º El *Panario*, ó libro de los antidotos contra todas las herejías; en el cual es muy digno de notarse que san Epifanio establece la necesidad de la tradicion, valiéndose de ella así como de la Escritura para refutar las herejías: por la tradicion justifica la práctica y aprueba la obligacion de orar por los difuntos (1). 2º El *Ancorato*, llamado así porque es como una especie de áncora para fijar los entendimientos en la verdadera fe, seguido del *Anacefálisis*, que es como un compendio. 3º El *tratado de los pesos y medidas*, el *Fisiólogo*, ó coleccion de las propiedades de los animales, y el *tratado de las piedras preciosas*, para la inteligencia de la Biblia. 4º *Dos Cartas*, la una dirigida á Juan, obispo de Jerusalem, de que ya hemos hablado; y la otra á san Jerónimo, en la que le avisa la condenacion de Origenes por Teófilo de Alejandría. A mediados del siglo pasado se descubrió entre los manuscritos de la biblioteca del Vaticano un comentario de nuestro santo sobre el libro de los Cantares.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La fiesta de san Antonino, arzobispo de Florencia, cuya dichosa muerte se celebró el dia dos de este mes.

En Roma en la via Latina, los santos mártires Gordiano y Epimaco, de los cuales el primero, por haber confesado á Jesucristo en tiempo de Juliano el

(1) Hær. 76, cap. 7.

Apóstata, fué azotado largo tiempo con plumas, y despues decapitado. Durante la noche los cristianos enterraron su cuerpo sobre la misma Via en una gruta, á la que poco antes habian sido trasladadas las reliquias de san Epimaco desde Alejandria, en donde habia padecido martirio por la fe de Jesu-cristo.

En la tierra de Hus, el santo profeta Job, varon de una paciencia maravillosa.

En Roma, san Calepodio, presbitero y mártir, á quien hizo degollar el emperador Alejandro, y ordenó que su cuerpo, despues de haberlo arrastrado por toda la ciudad, lo arrojasen al Tíber; mas habiéndolo hallado el papa Calixto, hizo darle sepultura. Tambien fué decapitado el cónsul Palmacio, con su mujer, hijos y cuarenta y dos personas de su casa, tanto hombres como mujeres. El senador Simplicio fué condenado al mismo suplicio con su mujer, hijos y sesenta y ocho personas de su familia, igualmente que Félix y Blanda su mujer. Las cabezas de estos santos mártires fueron colgadas en diversas puertas de la ciudad para intimidar á los cristianos.

Además, en Roma, sobre la via Latina, en el sitio llamado Cien Salas, la fiesta de los santos mártires Cuarto y Quinto, cuyos cuerpos han sido trasladados á Capua.

En Lentini en Sicilia, los santos mártires Alfio, Filadelfo y Cirino.

En Esmirna, san Dioscórides mártir.

En Bolonia, el bienaventurado Nicolás Albergati, religioso cartujo, obispo de esta ciudad y cardenal de la santa Iglesia Romana, ilustre por su santidad y por las legacias que le confió la santa sede; su cuerpo fué enterrado en la Cartuja de Florencia.

En Taranto, san Cataldo obispo, célebre por sus milagros.

En Milan, la invencion de los santos Nazario y Celso, en memoria del dia en que san Ambrosio obispo, habiendo hallado el cuerpo de san Nazario cubierto con la sangre al parecer fresca, lo trasladó á la iglesia de los santos Apóstoles, juntamente con el del bienaventurado Celso, niño, que habia educado aquel santo mártir, y á quien el juez Anolino habia hecho decapitar con él, durante la persecucion de Neron, el veinte y ocho de julio, dia en que se celebra su fiesta.

En Madrid, san Isidro labrador, canonizado á causa de sus milagros por el papa Gregorio XV, juntamente con los santos Ignacio, Francisco, Teresa y Felipe.

La misa es en honra del santo, y la oracion es la siguiente.

Sancti Antonini, Domine,	Ayúdenos, Señor, los me-
confessoris tui atque pontificis,	recimientos del santo confesor
meritis adjuvemur; ut sicut	y pontífice Antonino; para que
te in illo mirabilem prædica-	así como te ensalzamos admi-
mus, ita in nos misericordem	rable en sus virtudes, así tam-
fuisse glorienur. Per Domi-	bien te experimentemos misec-
num nostrum...	ricordioso en nuestras neces-
	sidades. Por nuestro Señor...

La epistola es del cap. 44 y 45 del libro de la Sabiduria, y la misma que el dia v, pág. 97.

NOTA.

« El libro que se intitula *el Eclesiástico*, fué escrito » en hebreo por un judio llamado Jesus, hijo de Sirac, » en el pontificado de Onias III, reinando Tolomeo » Epifanes y Antioco, y lo tradujo en griego un nieto » del autor, llamado tambien Jesus, en el reinado de » Tolomeo Fiscano, hermano de Tolomeo Filometor. » Afirma san Jerónimo haber visto en su tiempo un » ejemplar hebreo, que se intitulaba : *libro de las » Parábolas.* »

REFLEXIONES.

Dios le glorificó. No hay otra gloria verdadera que la que viene de Dios; y aun es menester que el mismo Dios nos la dé. La que los hombres solicitan, ó la que se dan unos á otros, pierde todo el mérito y la estimación, ó por la malignidad del principio, ó por lo torcido del fin. Todo ese incienso se desvanece como el humo; ¿y qué queda despues del buen olor? No hay en el mundo cosa mas lisonjera que la alabanza, pero tampoco la hay mas frivola ni mas mentirosa. No es digno de ella el que se glorifica á si mismo, sino aquel á quien glorifica Dios. El verdadero mérito por si mismo resplandece; el fuego y el diamante brillan solo con dejarse ver; las piedras falsas son las que necesitan que las preconicen, y que se muestre como con el dedo su aparente resplandor. Esta es la causa legitima de esas necias y groseras vanidades, que ha inventado el orgullo de los hombres para lisonjear su pasión, y para divertir á su misma razon natural, ocultándola la enfadosa vista de su necesidad y pobreza.

Glorifícale Dios delante de los reyes. Por humildes que sean los buenos, por oscura que sea su condición, ó su nacimiento; por mas que sean menospreciados, perseguidos y maltratados, la verdadera virtud se hace lugar entre los oprobios y entre el polvo; brilla en medio de los oscuros calabozos, y hace valer sus derechos y su superioridad hasta sobre el trono. Hónrase siempre á la virtud; y se puede decir que solo á la virtud propiamente cristiana es á quien se honra. No hay hombre racional, no hay clase ni condición que no se vea obligada á pagar, por decirlo así, esta especie de tributo. El natural entonamiento de los grandes no acierta á sostenerse á la vista de la dulzura y de la apacibilidad de los virtuosos. Solamente la virtud está exenta de su desgracia: hasta la

emulación mas maligna, hasta la mordacidad mas insolente la respeta: bien puede perseguirla y maltratarla, pero en el fondo la estima. Y aun la persecución, si se reflexiona bien, nunca es contra la que se concibe como virtud verdadera, sino contra la que se representa como falsa; á la primera, ninguna pasión tiene osadía para denigrarla.

¡O buen Dios! siendo los hombres tan ambiciosos y tan apasionados de gloria, ¿porqué no la buscarán donde verdaderamente se halla? Los empleos mas elevados no siempre son los mas tranquilos. La grandeza, el esplendor, la autoridad, es cierto que exigen honores, imponen obligaciones, inspiran respeto y temor; pero el corazón y el alma solamente los gana la virtud. A la santidad todo el mundo se rinde. Una persona sólidamente virtuosa es honrada, respetada, estimada, y todos hacen confianza de su rectitud y de su bondad. ¿Y se hace tal vez tanto caso de las grandezas humanas? Todos los hombres aman la gloria; pocos pueden aspirar á esas brillantes fortunas: mas ninguno hay que con la gracia de Dios no pueda ser santo. ¡Pues qué objeto mas digno de la ambición de un corazón cristiano! ¡y qué locura la de suspirar por otra gloria!

El evangelio es del cap. 25 de san Mateo, y el mismo que el dia v, pág. 100.

MEDITACION.

DEL RETIRO ESPIRITUAL.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el retiro espiritual, que consiste en pasar algunos dias en silencio y en soledad, lejos del tumulto del mundo y del ruido de los negocios, para entregarse únicamente á la consideración de las ver-